



La tranquilidad final

Mientras se está joven, por regla general, no se piensa en la muerte pues se la ve lejana. Pero cuando ocurren enfermedades amenazantes o empiezan a morir allegados, perder la vida se empieza a constituir en una preocupación mucho más real. A ese cambio de apreciación contribuyen la sabiduría de los años, el inexorable avance de la edad con sus infaltables limitaciones y dolencias, pero también la actitud frente a la vida y la muerte, tan determinada por el carácter de cada persona.

En su desarrollo, las personas pasan irremediamente por diversas etapas (nacimiento, infancia, adolescencia, adultez, vejez). El bienaventurado que pudo vivir cada etapa de su vida cuando correspondía y pudo realizar en cada una de ellas las tareas asignadas, cumplió sus metas más importantes. Esa persona, por regla general, recibe la muerte sin mayores sobresaltos, pues hay una aceptación de sí mismo que permite llegar a ese momento con una gran tranquilidad.

Morir con el alma en paz es un regalo divino que se asocia no sólo al cumplimiento de las metas mencionadas, sino a las circunstancias afortunadas y a las condiciones positivas del carácter que han acompañado a la persona a lo largo de su proceso vital.

De entre muchas otras características personales, y a manera de ilustración del tema, se pueden mencionar la muerte del creyente, el fantasioso, el idealista y el generoso.

La persona profundamente espiritual experimenta la transición a la etapa final sin mayor zozobra, pues la acompaña la certeza de una vida más allá de la muerte.

El soñador que vivió toda su vida un tanto alejado de la realidad logra, gracias a sus fantasías, eludir los temores y las amenazas asociadas a la muerte.

El idealista fiel a sus principios sabe que la verdad, que ha defendido siempre con valentía, entrará hasta su última morada y estará con él de allí en adelante. Por haber dedicado su vida a luchar por principios y creencias superiores no perdió tiempo en aclaraciones a mediocres, en excesivas ambiciones materiales o en mezquinas envidias. Este individuo puede mirarle la cara a la muerte sin parpadear y no tiene ninguna preocupación sobre lo que le espera después. Sus funerales, no necesariamente los más concurridos, siempre van acompañados por la certeza de la perdurabilidad de su ejemplo.

El individuo honesto y de carácter generoso, está exento de rencores y continúa armado de bondad, optimismo y buen humor hasta sus últimas horas. No hace fuerza para cambiar el rumbo de las cosas, ni tiene interés en controlar nada. Siempre lo ha guiado la buena fe y por tanto no le teme ni a la muerte, ni a lo que viene después. Y ciertamente



Universidad del Valle

Facultad de Salud - Grupo de Comunicaciones



Sala de Prensa

está mejor preparado para hacer, en paz, el tránsito final. El haber vivido con largueza le permite desprenderse de lo mundano con humildad. Después de muerto, su ausencia no da cabida a sentimientos de culpa entre sus deudos y está iluminada por un recuerdo perennemente grato.

Diario El País, 14 de Junio de 2015. Página C10.